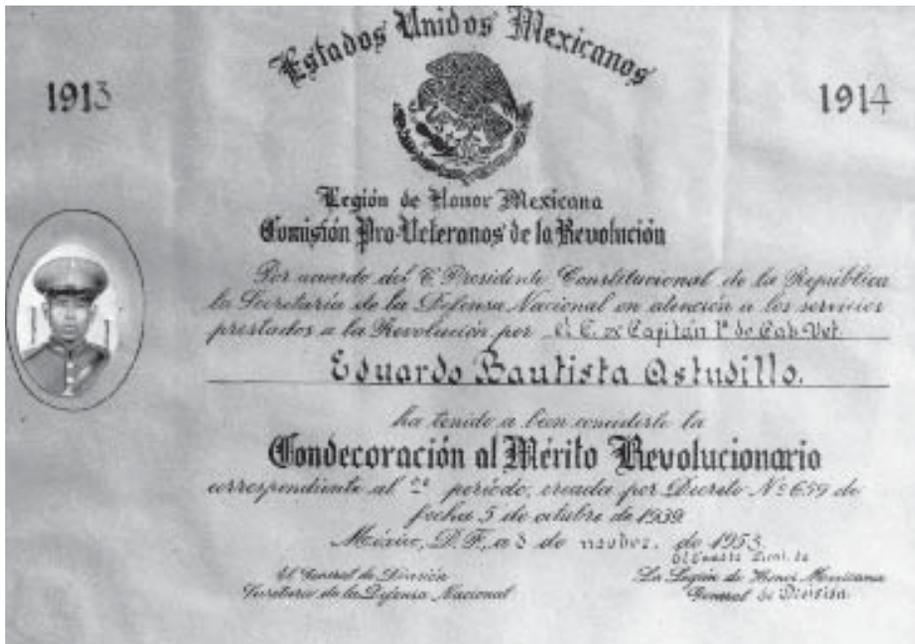


Ernestina Esquivel, una historia de vida

Doctora María J. Rodríguez-Shadow

DIRECCIÓN DE ETNOLOGÍA Y ANTROPOLOGÍA SOCIAL-INAH.

davecita@yahoo.com.mx



Diploma para un ex-revolucionario de Xochipala

Introducción

La historia, la antropología y la sociología han sido las disciplinas que se han interesado más en el empleo de las narrativas orales. Entre las investigadoras más destacadas debe mencionarse a Fran Leeper Buss (La partera, Story of a Midwife, Ann Arbor, The University of Michigan Press, 2000), en el terreno de la historia y en el de la antropología a Jane Holden Kelley (Mujeres yaquis, cuatro biografías contemporáneas, México, Fondo de Cultura Económica, 1982), a Ruth Underhill, (Biografía de una mujer pápago, México, Sep-Setentas, 1975), a Nan Elsasser, Kyle Mackensie e Yvonne Texier y Vigil (eds), (Las Mujeres: Conversations From a Hispanic Community, New York, Feminist Press, 1981) quienes hicieron su trabajo en el norte del país.

En el Cono Sur a Noema Viezzer ("Si me permiten hablar..." Testimonio de Domitila, una mujer de las minas de Bolivia, México, Siglo XXI, 1982), Nancy Oestreich Lurie y Ruth Landes, quienes rea-

lizaron investigaciones sobre las mujeres indígenas de los Estados Unidos; indias Winnebago y Ojibwa respectivamente. El trabajo de Oestreich se llama "Mountain Wolf Woman, Sisters of Crashing Thunder. The Autobiography of a Winnebago Indian" (Ann Arbor, University of Chicago Press) y The Ojibwa Women: male and Female. Lives Cicles Among indians of Western Ontario (New York, Norton Library).

En este artículo me propongo dos metas: por una parte presento una discusión argumentada de la importancia del método de la historia oral en la reconstrucción de la historia social de los grupos subordinados, especialmente de las mujeres. Un segundo objetivo es presentar una historia de vida de una mujer que se identifica como culturalmente mexicana. Esta historia fue elaborada en el marco de un trabajo etnográfico de largo alcance en el que se abordó la identidad de género, de clase y de raza de la población femenina que se ubica

en las comunidades rurales del norte de Nuevo México, región que fue anexada a los Estados Unidos después de la guerra de 1847.

Los datos para la reconstrucción de la historia de Ernestina provienen de varias entrevistas, un cuestionario, la convivencia con la biografiada y la consulta de diversos censos, archivos, periódicos, registros de la propiedad e investigación bibliográfica.

Aquí parto del supuesto de que el empleo de la historia oral constituye un medio para comprender y documentar la cultura femenina que forma una parte importante de la historia humana (Berger y Patai, 1996:1). Al emplear este método puede conocerse el pensamiento y la vida de mujeres que habían sido previamente silenciadas o ignoradas, tanto por su condición genérica, como por su pertenencia a grupos subordinados o de escasos recursos económicos.

Con esta advertencia me propongo dejar claro que al recuperar la experiencia de Ernestina estoy consciente de que las mujeres, aunque unidas por la experiencia de género, están separadas como grupo por otros sistemas de desigualdad social y biológica, como la clase, la raza y la edad, que el proceso de reconstrucción de su historia involucra, al menos, la interacción de dos subjetividades: la de la narradora y la entrevistadora, y que entre estas dos pueden existir muros divisorios que tienen que ver con las diferencias de edad, de tradición cultural, de inclinaciones religiosas, de idioma, de capital intelectual, de poder, entre otros.

Sin embargo, tengo la convicción de que la historia oral suministra nuevos ángulos de investigación y aporta datos relevantes en torno a la subjetividad y las experiencias femeninas en contextos históricos específicos.

El valle de Mora, donde Ernestina vivió, está irrigado por numerosos riachuelos, rodeado de montañas azules y

bosques esmeraldas, paisaje que en otoño se torna marrón y en invierno se cubre con el manto blanco de la nieve. Se ubica en la parte montañosa del norte de Nuevo México, Estados Unidos, región que fue ocupada desde principios del siglo XIX por rancheros mexicanos que se dedicaban al cultivo de la tierra y al cuidado de sus rebaños.

En las primeras décadas del siglo XX, el valle era un importante centro agrocomercial que llegó a ocupar el primer lugar a nivel estatal en la producción de trigo. En este contexto de bonanza agrícola y auge mercantil se crió Ernestina, nacida en 1903, hija de campesinos pobres dueños de un pequeño trozo de tierra donde cultivaban sus alimentos y completaban el gasto familiar vendiendo su fuerza de trabajo en los ranchos ganaderos de los municipios y estados aledaños. La madre de Ernestina cuidaba la casa y a sus hijos. El padre trabajaba como jornalero migrante.

En Mora los comerciantes, generalmente extranjeros, otorgaban crédito a los agricultores y cuando éstos cosechaban pagaban sus deudas con sus productos. Debido a su pobreza Ernestina sólo asistió a la escuela durante cinco años, lo suficiente para aprender a leer, escribir y contar. Para llegar a la escuela debía caminar una hora a través del bosque, cubierto de una capa de nieve en los inviernos.

La enseñanza en la escuela, que dirigían unas religiosas estadounidenses, era enteramente en inglés. Estas maestras establecían castigos físicos severos para los alumnos que hablaran español en clase. Las educadoras obligaban a los niños a memorizar frases enteras en inglés. Ernestina y sus hermanos aprendieron a leer el español gracias a su padre. Él les regalaba libros que tenían ilustraciones con oraciones en inglés y en español. Su padre ponía mucho énfasis en el aprendizaje del español y su frase preferida era: "Primero aprendan su idioma y luego el ajeno".

Durante la infancia de Ernestina, la vida de las mujeres era de mucho trabajo, pues todo lo que se comía -excepto el café, el azúcar y la sal- era recolectado, elaborado, empacado y preparado por ellas mismas. Todos los comestibles se sometían a un proceso de secado: el maíz, el chile, los capulines, las manzanas, las peras, las ciruelas y luego rehidratados para comerse o cocinarse, la carne se preparaba estilo cecina. La ropa era cosida enteramente a mano.

La jornada de trabajo femenino era muy intensa y cambiaba estacionalmente. En la temporada de principios de octubre y hasta que cayeran las primeras nevadas, se pepenaba el piñón, se tostaba y se guardaba para tener una fuente ener-



El general Jesús Navarro

gética y sabrosa en las tardes de invierno. Se recolectaban los capulines, las peras, las ciruelas, y se cosechaban el maíz, los alverjones, y la calabaza. El maíz se oreaba y se molía parcialmente para convertirlo en chaquegüe, especie de atole, pero con el grano sólo machacado. Juntaban hierbas del campo para condimentar la comida o preparar remedios caseros.

Las mujeres recogían las manzanas y las cocinaban para hacer puré, otras eran rebanadas, cocinadas y empacadas en frascos para después hacer pastel de manzana, o se cortaban y se dejaban deshidratar unidas por un cordoncito que se pasaba a través de las rodajas con una aguja. En ocasiones, dejaban las manzanas guardadas en una caja llena de arena para tener manzanas frescas a lo largo del invierno. Hacían ristras de chile rojo, que podía durar hasta ocho meses, condimento listo para aderezar en cualquier alimento. Las mazorcas tiernas, parcialmente despojadas de sus hojas, eran expuestas al sol para hacer "chicos," granos

de maíz tostado que se combinaban con distintos guisos para añadirles sabor.

Las celebraciones religiosas como la primera comunión, las bodas, las posadas, las procesiones o las fiestas de Santa Gertrudis, la santa patrona de Mora, eran los eventos que rompían la monotonía de la quieta vida rural

Cuando Ernestina era una niña experimentó un gran deseo de irse de monja y recibir capacitación para enseñar a leer y escribir a los niños. Cuando creció comunicó a sus padres que quería ser una monja maestra. Pero para eso, sus padres tenían que pagar una cantidad de dinero por adelantado para su ingreso al convento y no lo tenían. Allí terminaron sus sueños de maestra.

Posteriormente Ernestina miraría con envidia a muchas de las jóvenes de su generación que sí tuvieron la fortuna de ejercer el magisterio. Aunque sus amigas sólo terminaron hasta el octavo grado, habían comenzado a dar clases y durante

los veranos asistían a los cursos de pedagogía en el municipio cercano que tenía una universidad con un Departamento en esta materia.

Cuando Ernestina tenía nueve años -en 1912-, Nuevo México logró su estatus como Estado de la Unión Americana. En realidad esto no coronaba esfuerzos recientes. Desde 1848, al año siguiente de su anexión a los Estados Unidos, un grupo de gente prominente, tanto anglo como de ascendencia mexicana, había iniciado los trámites solicitando el reconocimiento como Estado de la Unión. Los obstáculos para acceder a este estatus tenían que ver con las diferencias económicas, culturales, políticas, religiosas y raciales que presentaba la población de Nuevo México con el resto del país. Era una opinión generalizada entre los anglos, que la gente de Nuevo México no "merecía" ser parte de su nación porque eran personas holgazanas, iletradas, supersticiosas, ignorantes de las leyes, y con despreciables maneras, costumbres, lenguaje e instituciones.

La lucha para convertir en Estado a Nuevo México fue crucial para los miembros terratenientes de la elite de Santa Fe, la capital de Nuevo México, entre quienes era claro que con la condición de Estado su tierra doblaría o triplicaría su valor.

Para la gente común -como la familia de Ernestina-, el reconocimiento de Nuevo México como Estado significó algunas ventajas, puesto que sus derechos legales y su cultura quedaron protegidas. Al lograr su estatus como estado, Nuevo México adquirió el derecho de ser bilingüe, poniendo al inglés y al español sobre bases de igualdad en los asuntos legales, prescribía el entrenamiento de profesores expertos en ambos idiomas, prohibía la separación de escuelas para niños anglos e hispanos, y enunciaba que los derechos garantizados por el Tratado de Guadalupe-Hidalgo serían respetados.

Ernestina recuerda que, en Mora, durante la Primera Guerra Mundial, todavía se gozaba de gran bonanza: los campos plétóricos de granos, los molinos preñados de trigo, las alacenas rebosantes. Y aunque existía expectación y temor respecto a que los Estados Unidos intervinieran en la conflagración, los tiempos eran buenos. Había mucho trabajo y un fuerte sabor a prosperidad. El sentimiento de pertenencia y adhesión política a los Estados Unidos era generalizado entre los mexicanos de la zona, inclusive, cuando, en 1917, el gobierno declaró la guerra a Alemania más de una docena de hombres de Mora se enrolaron en el ejército "Por la defensa de la patria."

Cuando la guerra terminó sobrevino un breve periodo de depresión económica, seguido de una fase de prosperidad en la década de 1920. Hasta en un pueblo tan retirado como Mora era evidente la riqueza de la sociedad en su conjunto. Ernestina miraba asombrada los primeros carros de motor de combustión interna y junto con su familia soñaba con tener uno.

Los periódicos de la época contenían publicidad y cantaban una alabanza a la sociedad de consumo. Ernestina rememoraba con regocijo las celebraciones de la navidad y de las reuniones entre parientes y vecinos, en las que se sacrificaban borregos, o marranos para hacer morcilla, se elaboraban tamales y se hacían biscochitos. Los niños se reunían alrededor de la abuela aprendiendo cantos y escuchando con asombro y embeleso cuentos y leyendas que cautivaban su imaginación en especial: La Llorona y los de tesoros enterrados. Al anochecer, invariablemente, y ante la renuencia de los niños, los abuelos les enseñaban oraciones y rezaban el rosario.

De soltera, Ernestina, pese a la precariedad económica de la familia, no tuvo necesidad de trabajar. Sólo durante unos cuantos veranos se aventuró a tomar algunos empleos. El primero que obtuvo fue en La Cueva, ranchito cercano. Trabajó en la casa grande, haciendo labores domésticas, junto con su hermana, que fue la que empezó; pero no duraron ni dos meses, porque se acabó el trabajo. Los dueños sólo se quedaban en Mora durante los veranos. Los siguientes trabajos que Ernestina desempeñó tuvieron que ver con el campo: dos temporadas en el corte de frijol, una en la pizca de la remolacha y otra recogiendo verduras y fruta en los campos de cultivo que se encuentran cerca del molino de La Cueva.

Como su familia era muy pobre, nunca salió a ningún lugar de vacaciones. Ernestina, ya adolescente, se imaginaba que al casarse iría con su esposo a conocer otros sitios. Su padre, además de que nunca tuvo dinero para llevarlos a pasear, no le gustaba salir, ni para llevar a sus hijas a los bailes. Ella se preguntaba insistentemente "¿por qué estoy aquí?" "¿Por qué no me caso y me voy a viajar a otros lugares?..."

Desde los 17 empezó a tener novios, todos eran jóvenes que ella conocía desde niña, todos eran sus vecinos y eran gente de ascendencia mexicana. Es verdad que había algunos extranjeros o descendientes de anglos que en el área se les conoce como "coyotes," pero ninguno de ellos le llamaba realmente la atención. Durante la adolescencia de Ernestina, la única fuente de entretenimiento era la iglesia. Allí

se organizaban, durante mayo y octubre, rosarios, peregrinaciones y en diciembre, las posadas. Eso daba motivo para que todas las muchachas acudieran alborozadas. También la iglesia organizaba los bailes de la comunidad y las muchachas - Ernestina y sus hermanas incluídas-, asistían cuidadosamente vigiladas por sus tías o sus parientes mayores. Las jóvenes conocían a los muchachos en este tipo de reuniones y los noviazgos se iniciaban, usualmente, mediante cartas hasta que se formalizaba el compromiso. Muchas ancianas de la comunidad conservan las cartas que escribieron sus esposos a sus padres cuando solicitaron su mano.

Hacia 1920, mediante el incremento natural y la inmigración de anglos y europeos, la población del condado alcanzó los 14 000 habitantes. Nuevas comunidades se fundaron y surgió un patrón de asentamiento diferenciado, cuya composición social y étnica estuvo fuertemente afectada por la naturaleza de los recursos locales.

Hacia 1920, los no-mexicanos mantenían el dominio de la economía regional. Los pequeños agricultores dependían de los comerciantes para la obtención de bienes no producidos por el grupo familiar. Pero esta relación de dependencia no perduró más allá de 1925, puesto que con La Gran Depresión sobrevino una severa crisis agrícola. Hacia 1930, la población de Mora había descendido a 10 000, pues la gente, intentando ganarse la vida mediante un trabajo, emigró temporal o definitivamente del pueblo y ésta adquirió la fisonomía de un "pueblo fantasma." Rostro que conserva hasta hoy día.

Ernestina arribó a la juventud y de todos los muchachos que ella conocía, ninguno le gustó tanto como Candelario Esquivel, un muchacho de 27 años, pobre, católico, sin vicios, serio, trabajador y "de la raza" como ella. Durante el año que duraron de novios, nunca salieron a ningún lado solos, pues el papá de Ernestina era muy estricto; además, Candelario permanecía trabajando mucho tiempo afuera de la comunidad. Estuvo en Dawson Nuevo México, luego se fue de pastor a Wyoming. En los periodos en que Candelario estaba en Mora sólo se veían los domingos a la salida de la iglesia.

Cuando él le pidió que se casaran no lo dudó ni un instante. Contrajeron nupcias siguiendo la tradición: primero el novio se hacía acompañar por personas mayores y conocidas en la comunidad, y por sus padres. Iban a la casa de la novia y solicitan su mano con solemnidad, tanto verbalmente como por escrito.

Si obtenían una respuesta afirmativa, se fijaban las fechas del prendorio y la de la boda. El prendorio era una celebración



Zapata y su estado mayor en el Hotel Álvarez. Chilapa, marzo de 1914. En la primera fila: generales Julio Gómez, Juan Pablo Cuchillo y su secretario, coroneles Leandro Arcos y Santiago Aguilar; en medio: coroneles José Hernández y Franco Pliego, generales Efrén Mancilla, trinidad Paniagua y Prudencio Casals, coronel Arcadio Torres; sentados: generales Joaquín Navarro, coronel Emigdio Marmolejo, general Ignacio Maya.

que le tocaba costear a la familia de la novia: invitaban a sus parientes, amigos y conocidos a una fiesta donde daban a conocer el compromiso, y al otro día firmaban la licencia de matrimonio. En la fecha -previamente fijada,- era el casorio; cuyos gastos correspondían al novio.

De acuerdo con la costumbre, su boda fue temprano. Del templo salieron para la toma de las fotos y luego se trasladaron a la casa de él, donde les esperaba el banquete. Por la tarde seguía el baile y, por último "la entrega". Se fueron a vivir a una pequeña casa de adobe que Candelario construyó, puesto él sabía de albañilería, trabajo que ejercía siempre que podía. Cuando los hijos empezaron a llegar Candelario salió a trabajar fuera, Ernestina y sus hijos, al igual que su madre cuidaba el ranchito. Ella se embarazó ocho veces, pero sólo sobrevivieron seis. Sus hijos nacieron en su propia casa con ayuda de una partera, asistida, a veces, por su marido; en ocasiones por su suegra.

El trabajo doméstico era particularmente duro ya que carecía de agua corriente y luz eléctrica. Limpiar, cocinar, hornear, lavar, planchar, tejer, zurcir y confeccionar la ropa eran las labores cotidianas. Todas estas tareas rutinarias tenían que realizarse paralelamente al cuidado continuo de los animales, a la recolección de la fruta y su conservación en frascos, a la manufactura de crema, mantequilla y queso, al mantenimiento

de la hortaliza y a la recolección de la leña en el campo para mantener el fogón encendido para cocinar y para mantener la casa cálida durante el invierno. Nunca tenía tiempo de aburrirse, pues siempre había trabajo para hacer. Los sábados eran días más tranquilos y los domingos iniciaba de nueva cuenta las labores de preparación, para mandar a los niños, al día siguiente, a la escuela.

Durante la época de la Depresión (1929-1932) fue especialmente crítico para la región de Mora y el país entero, el pueblo literalmente quedó abandonado. Las esperanzas de mejoras económicas se depositaron en Roosevelt, candidato demócrata. Algunas familias retornaron a Mora cuando este presidente implementó medidas para que los municipios ofrecieran trabajo a la gente local. Con el ingreso de los Estados Unidos a la guerra muchos hombres de Mora estuvieron en el frente, incluso los hermanos de Ernestina.

Los moreños, aislados como grupo durante mucho tiempo experimentaron la discriminación racial y simultáneamente el orgullo de grupo étnico que los unió en un frente por la defensa de sus derechos civiles.

Los hijos de Ernestina estudiaron hasta la secundaria en escuelas públicas y migraron a la ciudad para ganar un jornal sólo suficiente para su propio sustento, se casaron y nunca regresaron a Mora. Por el aislamiento del rancho de

Ernestina y a causa del cáncer incurable del que enfermó su marido se mudaron a la cabecera del municipio. Ernestina enviudó en 1975. Después de la muerte de su esposo, ella vivió gracias a la magra pensión que recibía por la pérdida de su marido y a que estaba inscrita en diversos programas federales de ayuda a la gente pobre. Muchas veces sus conocidos sugirieron a Ernestina que se volviera a casar y ella invariablemente contestaba "Yo soy una mujer de un solo amor, y si dios ya me lo quitó, no tendré otro."

Ernestina opinaba, al reflexionar sobre su vida, que no era justo para los hijos que las mujeres, buscando su realización o su libertad, salieran de sus casa a trabajar. Pensaba que los hijos, no importaba si eran bebés o adolescentes, necesitan mucho de la presencia, la vigilancia y el amor de una madre. "La mujer es el alma de la casa" señalaba enfáticamente. Afirmaba que una mujer nunca debía sacrificar la felicidad de su familia en persecución de realizaciones egoístas. En su opinión, el lugar de la mujer está en el hogar, cuidando y atendiendo a sus hijos. Contaba que ella adoró ser mamá. Su casa siempre olía a galletas o pasteles cocinándose, de manera que sus hijos, cuando regresaban de la escuela preguntando ansiosamente "¿Dónde está mi mamita?," a ella le sonaba a música celestial.

Al final de su vida y rodeada de sus 15 nietos, Ernestina se ufana del tipo



Diploma Eucaria Apreza

de educación que les dio a sus hijos, orgullosos de su lenguaje, de su cultura, de sus tradiciones religiosas, de sus valores familiares, de sus rituales culinarios, dueños de un modo honrado de ganarse la vida, poseedores de una fe inquebrantable en el porvenir y en dios.

Desde luego que no todo a los ojos de Ernestina resultaba positivo. También reconocía el lado oscuro de la realidad; siempre recordaba con nostalgia "los tiempos de antes," cuando se celebraban reuniones entre los vecinos y la gente del rancho. Generalmente esas reuniones eran después de la misa, durante las Fiestas. Para la Navidad se organizaban peregrinaciones, procesiones, bailes y parrilladas. La gente invitaba a otros a su casa, se cocinaban sopaipillas (especie de buñuelos gruesos) para acompañar al pollo o puerco frito, enchiladas, pozole, tamales, galletas y dulces. "Ahora ya nada de eso existe. Todo el mundo es un extraño" se lamentaba.

Pese a todo, la faceta positiva de Ernestina siempre afloraba. Se daba cuenta de que en el medio en el que vivía la violencia doméstica y el abandono de esposas era el pan de cada día, y se sentía dichosa de haber tenido la fortuna de tener un marido de carácter afable y tranquilo que siempre le dio su apoyo moral, en las iniciativas que ella tomaba. Consciente de vivir en una sociedad que les escatimaba todo y cuya cultura vivía bajo asedio, le quedaba la satisfacción de haber cumplido cabalmente con su papel de esposa y madre, de haber luchado hombro a hombro con el compañero de su vida, sin decepcionarlo y dando siempre lo mejor de sí misma, de haber estado presente en cada uno de los retos que sus hijos tenían que enfrentar.

Ernestina pasó 20 años viviendo en la misma morada que había compartido con su marido. Falleció en 1995, a la edad de 92 años, con una sonrisa apacible y sabiendo que cumplió con el destino para el que había sido creada. Toda su vida transcurrió en un remoto pueblito, abrigado entre los pliegues sureños de las montañas Rocallosas, como recia muestra de la forma en que aún viven muchos sujetos femeninos, en una sociedad que les escamotea la atención y el reconocimiento.

Realizando calladamente su labor cotidiana de reproducir su cultura, sus valores, su moral, sus tradiciones; contradiciendo a una sociedad hostil a esas manifestaciones culturales, Ernestina fue una verdadera heroína de las tradicionales virtudes de la mujer mexicana.

Su personalidad brilla, ni duda cabe, con un fulgor propio. Muchas mujeres contemporáneas, tanto de los Estados Unidos, como de la República Mexicana, ya no se sentirán identificadas con la figura femenina que les presento, pero seguramente reconocerán en Ernestina, a su madre, a su abuela, a una tía. Personaje ordinario cuyos atributos principales fueron la devoción a los hijos, la lealtad al esposo y el trabajo rutinario, callado, pero siempre indispensable en la labor cotidiana de crear y producir seres humanos que, en última instancia, son los ladrillos de este inmenso edificio, maravilloso edificio, que constituye la humanidad.

Bibliografía

Berger Gluck, Sherna y Daphne Patai, 1996, *Women's Words, The Feminist Practice of Oral History*, New York, Routledge.
Deutsch, Sara, 1987, *No Separate Refuge: Culture, Class and Gender on the Anglohispanic*

Frontier in the American Southwest, 1880-1940, New York, Oxford University Press.

Ebright, Malcolm, 1994, *Land Grants and Law Suits in Northern New México*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Elsasser, Nan, Kyle MacKenzie e Yvonne Tixier y Vigil, 1989, *Las mujeres. Conversations from a Hispanic Community*, New York, The Feminist Press/The McGraw-Hill Book Company.

Forrest Suzanne, 1989, *The Preservation of the Village: New Mexico's Hispanic and the New Deal*, Albuquerque, University of New Mexico Press.

Henretta, James, Elliot Brownlee, David Brody y Susan Ware, 1993, *America's History*, New York, Worth Publishers, 2 vol.

Leon Swadesh, Frances, 1977, *Los Primeros Pobladores. Antecedentes de los Chicanos en Nuevo México*, México, Fondo de Cultura Económica.

Mann, E. B. y E. Harvey, 1955, *New Mexico: Land of Enchantment*, Est Lansing, Michigan State University Press.

Rodríguez, María, *Identidad femenina, etnicidad y trabajo en Nuevo México*, Toluca, Universidad Autónoma del Estado de México, 2003.

Rodríguez-Shadow, María, 2002, "El mundo femenino en Mora, 1845-1990," tesis de doctorado en Ciencias Antropológicas en la UNAM, febrero.

Rodríguez-Shadow, María, 2002, "Las relaciones de género en Mora, Nuevo México a través de los testamentos," enero en el web de CEMHAL. www.rcp.net.pe/Cemhal.

Rodríguez-Shadow, María, 2002, "El papel femenino en la medicina tradicional en el norte de Nuevo México," *Diario de Campo*, número 41, marzo, pp. 17-19.

Rodríguez-Shadow, María, 2001, "La condición social de las mujeres nuevo mexicanas. Notas para el inicio de un debate," *Diario de Campo*, número 39, diciembre, pp. 36-41.

Rodríguez-Shadow, María, 2000, "Intersecciones de raza, clase y género en Nuevo México" en *Política y Cultura*, volumen 14: 109-132.

Rodríguez-Shadow, María, 1998, "Poder, resistencia e identidad en Nuevo México rural," *Mujeres, género y desarrollo*, Arcelia González y Miriam Núñez (coords.), México, EMAS, CIDEM/CEMIF, UACHM, EECIES, pp. 413-419.

Shadow, Robert y María J. Rodríguez-Shadow, 1996, "From Repartition to Particion: The Life History of the Mora Land Grant, 1835-1916," *New Mexican Historical Review*, vol. 70, número 3: 257-297.



Carabina y leño